

VICENTE MARRERO SUÁREZ

EN TORNO A UN JUICIO SOBRE
ORTEGA Y GASSET



MADRID

1953

PUBLICADO EN LA REVISTA ARBOR NÚMEROS 91-92.
Julio-Agosto 1953.

EN TORNO A UN JUICIO SOBRE ORTEGA Y GASSET

Por VICENTE MARRERO SUÁREZ

Remitida por el Excmo. Sr. Presidente del C. S. de I. C. se ha recibido en la Redacción de ARBOR una copia de la siguiente carta :

Madrid, 12 de mayo de 1953.

Excmo. Sr. D. José Ibáñez Martín.
Presidente del Consejo de Investigaciones Científicas.
Madrid.

Nuestro distinguido amigo : En el número 89 de ARBOR, revista general del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, correspondiente al presente mes, se ha publicado una nota titulada *Ortega o «El estado de la cuestión»* y que se refiere al curso que, bajo ese epígrafe, estamos desarrollando con la colaboración de otros amigos.

No tenemos por qué comentar ni recoger las opiniones que nuestro esfuerzo merece al comentarista, el cual habla de «el espíritu desquiciado que anida en la introducción a estas conferencias» y otras cosas análogas. Pero no podemos dejar pasar por alto una frase en que se habla de «la obra de Ortega, en su conjunto y pese a sus muchas virtudes, como el esfuerzo encaminado a descristianizar a España, más inteligente, más sistemático y brillante que se ha visto en nuestra patria después de la aparición de la Institución Libre de Enseñanza». A lo cual se agrega «el temor de que crezca, o, mejor dicho, de que se sostenga por mucho tiempo el mal tónico, la blandengue y envenenada confusión de la que tanto se habla también hoy, porque nos ronda ya con bastante poca fortuna desde unos años a esta parte».

Nosotros creemos que la imputación de que la obra de Ortega es un «esfuerzo encaminado a descristianizar a España» es una

absoluta y gravísima falsedad, que no se puede tolerar. Es Ortega quien ha escrito :

«El *catolicismo* español está pagando deudas que no son suyas, sino del *catolicismo español*. Nunca he comprendido cómo falta en España un núcleo de católicos entusiastas resuelto a liberar el catolicismo de todas las protuberancias, lacras y rémoras exclusivamente españolas que en aquél se han alojado y deforman su claro perfil. Ese núcleo de católicos podía dar cima a una noble y magnífica empresa : la depuración fecunda del catolicismo y la perfección de España. Pues tal y como hoy están las cosas, mutuamente se dañan : el catolicismo va lastrado de vicios españoles, y, viceversa, los vicios españoles se amparan y fortifican con frecuencia tras una máscara insincera de catolicismo. Como yo no creo que España pueda salir al altamar de la historia si no ayudan con entusiasmo y pureza a la maniobra los católicos nacionales, deploro sobre manera la ausencia de ese enérgico fermento en nuestra Iglesia oficial. Y el caso es que el catolicismo significa hoy, dondequiera, una fuerza de vanguardia donde combaten mentes clarísimas, plenamente actuales y creadoras. Señor, ¿por qué no ha de acaecer lo mismo en nuestro país? ¿Por qué en España ha de ser admisible que muchas gentes usen el título de católicos como una patente que les excuse de refinar su intelecto y su sensibilidad y los convierte en rémora para todo perfeccionamiento nacional?... Se trata de construir España, de pulirla y dotarla magníficamente para el inmediato porvenir. Y es preciso que los católicos sientan el orgullo de su catolicismo y sepan hacer de él lo que fué en otras horas : un instrumento exquisito, rico de todas las gracias y destrezas actuales, apto para poner a España "en forma" ante la vida presente.»

Esto escribía Ortega hace algo más de un cuarto de siglo. Era todo un programa, y no precisamente de «descristianización de España». Por desgracia, muchos de los defectos que señalaba existen hoy. Pero también existe ese núcleo de católicos entusiastas que deseaba, y del que nosotros formamos una exigua y modestísima parte. Y resulta al cabo del tiempo que los que llamamos a Ortega «nuestro maestro común», los que hemos recibido de él, en diversas proporciones y formas, doctrina filosófica y entusiasmo español, voluntad de veracidad y rigor intelectual, afán de comprensión y plenitud, somos, en abrumadora mayoría, sincera, pública y notoriamente católicos. Si los árboles han de conocerse por sus frutos, hay que decir que los de Ortega no han sido de descristianización.

Le rogamos, señor Presidente, que tenga la bondad de hacer insertar esta carta en la revista donde ha aparecido la nota a que hacemos referencia, para que sus lectores tengan conocimiento de cuál es nuestra postura inequívoca como católicos, como intelectuales españoles y como discípulos de Ortega.

Con nuestra gratitud anticipada y nuestra mayor consideración, le saludamos muy atentamente,

Dionisio Ridruejo.

Julián Marías.

Alfonso García Valdecasas.

Emilio García Gómez.

Miguel Cruz.

José Luis L. Aranguren.

Salvador Lissarrague.

Luis Díez del Corral.

Enrique Lafuente Ferrari.

Pedro Laín Entralgo.

En torno a un juicio sobre Ortega y Gasset

Como atención debida en justicia a los lectores de ARBOR, se explican seguidamente los más notorios fundamentos de la afirmación que ha dado pie a la protesta anterior.

Se hace constar, en primer término, que ARBOR lamenta vivamente verse obligado desde fuera a hacerlo así. Es éste un tema enojoso, por muchos conceptos, y de modo especial porque su aireamiento, innecesario en los detalles, puede contribuir a enrarecer el ambiente en torno a la intimidad de una persona, que por su edad y por la cuantía de su esfuerzo tiene derecho a que le dejen en paz. ARBOR, cuya línea de pensamiento es por completo contraria a las concepciones religiosas y españolas de Ortega y Gasset, expresa con este motivo su respeto ante la ancianidad de este pensador de renombre internacional, así como la mejor esperanza ante el futuro de su pensamiento y de su vida.

El texto que en aquella carta se cita, sin decir de dónde procede, está tomado de un artículo de Ortega: *La forma como método histórico* (O. C., tomo III, pág. 522, 2.ª edic., 1950), y fué escrito en 1927 como comentario a un folleto de exégesis protestante del profesor Bultmann, una de las lumbreras del protestantismo alemán contemporáneo. Exégesis que la Iglesia Católica condena como heterodoxa y de la que Ortega dice al principio de su artículo que en ella «se resume admirablemente con insólita claridad el estado actual de la exégesis evangélica». Para Ortega, en efecto, «la nota más conservadora —en estas elevadas investigaciones— ha sido dada no por un católico ni por un protestante, ni siquiera por un exegeta de oficio, sino por un historiador puro»; no creemos engañarnos si vemos en esta frase una alusión al *Origen y comienzos del cristianismo*, de Eduardo Meyer. Por consiguiente, hay que tener en cuenta que la cita de Ortega contenida en la carta en cuestión corresponde a un texto escrito en alabanza de una obra heterodoxa que Ortega toma como modelo para censurar al mundo católico español.

Hace ya veinte años que el excelentísimo y reverendísimo señor don Rafael García y García de Castro, actual arzobispo de Granada, en su libro *Los intelectuales y la Iglesia*, págs. 283-289, dedicó a ese mismo párrafo de Ortega un largo comentario, del que reproducimos a continuación algunos juicios:

«Larga ha sido la cita, pero no tiene desperdicio; a través de ella, ya que el ensayista es tan parco en estas materias, columbramos los minúsculos prejuicios que anidan en su inteligencia...»

«Cuando salen al público las cuestiones religiosas, se las toca con vaguedad aérea, con imprecisión nebulosa; y nos parece que no dista mucho de este defecto Ortega y Gasset.»

«... Llámese esto en buen castellano tirar piedras al tejado ajeno, cuando el propio es de vidrio. No dudamos de que entre muchos católicos haya habido hermetismo y estrechez de miras. Mas ¿qué significa esto al lado de la cerrazón sistemática y del fanatismo exclusivista de los incrédulos? Éstos han hecho de España, o por lo menos han intentado durante muchos lustros, hacer un coto cerrado para sí y su clientela, y, sobre todo, si de miedos personales se trataba, ha monopolizado la fama, los puestos y el incensario, en sociedades de estrepitosos bombos mutuos, extendidos desde los riscos cántabros hasta las playas de Cádiz; y apenas asomaba la obra o el nombre de algún autor católico, llovían

sobre él los dardos de la insidia y del desprecio. ¡ Si muchos que hoy bullen y vociferan y gesticulan en la plaza pública no han tenido ni tendrán jamás otro pedestal que el de su izquierdismo y el de sus patronos izquierdistas ! »

Este comentario refleja admirablemente no sólo un punto de vista verdaderamente católico, sino algo muy importante y significativo que se echa de menos en otras actitudes: el estado de ánimo y sufrimiento de la Iglesia en España frente a la obra de aquellos intelectuales, de los cuales Ortega es por derecho propio la figura más representativa.

No parece, pues, que pueda ser interpretada en son de ejecutoria una página tan sospechosa como ese texto sobre el cual se argumenta, ya que en él lo que en sustancia se hace es deplorar sobremanera « la ausencia de... enérgico fermento en nuestra Iglesia oficial » (!!), que convirtiese a nuestra fe en « un instrumento exquisito », pero instrumento al fin.

Por lo demás, el texto usado como argumento es una de las tres únicas páginas dedicadas al catolicismo — véase el índice de materias — en una obra de seis gruesos volúmenes.

Y en la primera de las dos páginas restantes se ve claramente (tomo II, pág. 454) que el catolicismo de Ortega coincide « con las geniales intuiciones que visitaron a Nietzsche » cuando éste, hablando del protestantismo frente al Renacimiento y de Lutero, que se subleva en Roma, decía: « ¡ La vida se ha sentado en la sede de los Pontífices ! ¡ El triunfo de la vida ! »

* * *

Hay, de todas maneras, en esas *Obras completas* otras muchas afirmaciones contrarias al catolicismo, que no es necesario reproducir en su totalidad. Algunas de las más representativas se copian a continuación:

« Yo, señores, no soy católico, y desde mi mocedad he procurado que hasta los humildes detalles oficiales de mi vida privada queden formalizados acatólicamente. » (*Discurso en el cinema de la Ópera*, Madrid, 6 de diciembre de 1931. Obras. Ed. 1932, pág. 1.395.)

« Yo dudo mucho que sea la mejor manera para curarse de tan largo pasado como es la historia del Estado eclesiástico en España, del Estado-Iglesia, esas liquidaciones subitáneas; no creo en esa táctica para combatir el pasado... »

« No, no es ése el modo de librarse del pasado. Para el mal del pasado no queda sino una digestión histórica y es preciso que hoy en nuestra Constitución no hagamos sino disponer ese futuro de noble combate histórico con el poder eclesiástico. »

« Por eso, nosotros propondríamos que la Iglesia, en la Constitución, aparezca situada en una forma algo parecida a lo que los juristas llaman una Corporación de Derecho Público, que permita al Estado conservar jurisdicción sobre su temporalidad. »

« Iniciemos, señores, esta seria organización de España en pueblo de trabajadores. Hagámoslo, como toda la gran reforma de España que vamos a intentar, con el tiempo justo, sin acelerarnos, pero sin retardarnos. » (*Rectificación de la República*. Obras. Ed. 1932, páginas 1.371-2.)

En torno a un juicio sobre Ortega y Gasset

«Hoy se disputan el porvenir nacional dos poderes espirituales: la cultura y la religión. Yo he tratado de mostraros que aquélla es socialmente más fecunda que ésta y que todo lo que la religión puede dar lo da la cultura más enérgicamente.» (*La pedagogía social como programa político*. O. C. Ed. 1950. Tomo I, págs. 519-520.)

«La rebelión de los pueblos se había hecho en nombre de todo eso que se llama razón, cultura, etc. Estas vagas entidades vinieron a ocupar en el corazón de los hombres el mismo puesto central que antes había ocupado Dios, otra entidad no menos vaga. Hay una extraña propensión en los hombres a alimentarse, sobre todo, de vaguedades.» (*Misión del bibliotecario*. O. C. Ed. 1951. Tomo V, pág. 220.)

«Dios queda disuelto en la historia de la humanidad; es immanente al hombre; es, en cierto modo, el hombre mismo padeciendo y esforzándose en servicio de lo ideal. Dios, en una palabra, es la cultura. "Tú eres mi mejor yo", canta una vez Schelley a la mujer que inspira sus canciones; podría decirse que Dios es el conjunto de las acciones mejores que han cumplido los hombres: el Partenón y el Evangelio, Don Quijote y la mecánica de Newton, la Revolución francesa y la "Historia Romana", de Mommsen, las cooperativas de consumo y el régimen parlamentario; Dios es lo mejor del hombre, lo que le enorgullece, lo que intensifica su energía espiritual, la herencia científica y moral acumulada lentamente en la historia.» (*La teología de Renan*. O. C. Vol. I, 2.^a edición, 1950, página 135.)

«Las guerras y las emigraciones de los pueblos, los cambios de los imperialistas, revoluciones, los azares de la humanidad al hilo del tiempo; representan las inquietudes de un Dios que se está haciendo. La historia es la embriogenia de Dios y, por tanto, una especie de teología; recordar, hacer memoria del pasado, se transforma de este modo en un misterio religioso, y al Cuerpo de Archiveros competen hoy las funciones encomendadas a los párrocos y sus coadjutores. La filosofía, según Renan, tiene curas del alma.» (*Ibidem*, página 136.)

«Los esquimales sostienen que el hombre se compone de tres partes: su cuerpo, su alma y su nombre. Nombrar es, pues, en algún modo tener la cosa; por eso es tan general en las épocas primeras dar al niño dos nombres, uno falso, que se hace público, y otro auténtico, que sólo la madre sabe y luego comunica al esposo. Un resto de esta magia nominal conserva el lector piadoso cuando se persigna en el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo.» (*Notas del vago estío*. O. C. Vol. II, 2.^a edición, 1950, pág. 447.)

Resulta innecesario añadir más citas. Recientemente ha sido recopilada una buena serie de ellas en el folleto del P. Juan Roig Gironella, S. J.: *Lo que no se dice. Con una antología Teofánica de textos de Ortega y Gasset*, Instituto Filosófico de Balmesiana, Barcelona, 1953. Y esta antología, que se ciñe a los textos de la última edición de *Obras completas*, aún deja fuera algunos demasiado contundentes, como los que figuraban en la edición de 1932, y que han sido evitados en las versiones publicadas después de nuestra guerra.

* * *

Haber desarrollado amplia y eficazmente un conjunto de ideas concorde con las arriba copiadas, y no de modo esporádico, sino persistente y tenaz, en la cátedra, en el periódico, en los libros en el Parlamento y en la actuación política, es lo que en ARBOR ha sido

calificado sintéticamente como «esfuerzo encaminado a descristianizar a España».

* * *

Finalmente, es también de justicia hacer constar que el reproche de ARBOR a Ortega y Gasset por su actitud ante el catolicismo, cuenta en la vida cultural española de postguerra con otros antecedentes, entre los cuales elegimos los siguientes, que pueden servir de ejemplos fácilmente ampliables.

En el núm. 7 de la revista «Escorial», el señor Laín Entralgo, actual Rector Magnífico de la Universidad de Madrid, y uno de los firmantes de la carta arriba reproducida, escribía como comentario a *Historia como sistema*, lo siguiente :

«Se empeña Ortega en no entender el Cristianismo ni la vida religiosa, y de ahí procede todo. En este librito de ahora el Cristianismo viene pertinazmente interpretado como una doctrina sometida al fluir histórico. Al hombre "le pasa ser estoico, cristiano, racionalista, vitalista", dice Ortega una vez. Y otra : "Es imposible entender bien lo que es este hombre racionalista europeo si no se sabe bien lo que fué ser cristiano ; no lo fué ser cristiano sin saber lo que fué ser estoico, y así sucesivamente." O bien : "Me parece en alto grado sorprendente que hasta la fecha no existe una exposición del Cristianismo como puro sistema de ideas, pareja a la que puede sacarse del platonismo, del kantismo o del positivismo." «De ahí la radical falsedad —comentaba Laín— de colocar el Cristianismo como un mudadizo eslabón histórico en la serie estoico-cristianismo-racionalismo-vitalismo.» «Estoy íntimamente persuadido de que si Ortega quisiera penetrar seriamente en el seno del cristianismo —corazón tiene para ello e inquietud: el *inquietum cor meum* agustiniano— no podría contentarse, no ya como cristiano, pero ni siquiera como hombre actual, con una antropología meramente historicista.» «La postura del historicismo puro se halla ya —al menos para los buenos catadores del pensamiento de este tiempo— sencillamente retrasada.»

En el núm. 13 de la misma revista, en cuya dirección estaba, como es sabido, el señor Laín, don José Corts Grau, actual Rector de la Universidad de Valencia, comentaba del modo siguiente los *Estudios sobre el amor*, de Ortega :

«Alardes de librepensamiento trasnochado en quien sigue siendo una lumbrera universitaria ; a quienes nos duelen también las irreverencias, porque, sobre ser ofensivas, son superficiales. Presentar, por ejemplo, a San Juan Bautista como "un personaje, peludo y frenético, que vocea en los desiertos y predica una religión hidroterápica", es de mal gusto y miopía. Ni Salomé siquiera pudo verlo así, porque en tal caso no hubiera pedido su cabeza. Hablar del *flirt* de Salomé princesa y San Juan Bautista intelectual, es hablar por hablar, y pasar por los textos de San Juan de la Cruz sin ver más que el pobre Baruzi, es, aparte de la heterodoxia, lástima.» «A estas alturas es intolerable —califica Corts Grau— complicar a San Juan de la Cruz con la escuela Yoga y con Plotino y hablar de la confusión anárquica de los místicos frente a los teólogos como si la mística fuese un juego de monjas visionarias.»

Finalmente —y en relación sobre todo con el efecto de las ideas orteguianas sobre las conciencias—, reproducimos unas frases de quien por su autoridad y por su experiencia directa tiene valor de testimo-

En torno a un juicio sobre Ortega y Gasset

nio excepcional. En el número 497 de «Juventud», de 21-27 de mayo de 1953, se publicó una carta del capellán nacional del Frente de Juventudes, en que se dice :

«Vaya como ejemplo el pensamiento religioso de Ortega.

»Hay en su larga obra juicios y apreciaciones para todos los gustos acerca del catolicismo o acerca de verdades y actitudes fundamentales del catolicismo, desde claras manifestaciones de apostasía hasta lúcidas afirmaciones de la misión civilizadora del cristianismo, sin contar con los mil silencios injustos y las no escasas expresiones poco respetuosas, cuando no irrisorias, que aparecen en sus escritos sobre aspectos de la vida cristiana junto a alabanzas y elogios de las enseñanzas de Jesucristo. Estas fluctuaciones, esta línea quebrada de la mente religiosa orteguiana es la que ha dado fundamento real para el discrepante modo de enjuiciar su pensamiento religioso.

»Más aún. No hay que echar en olvido que para valorar la obra de Ortega no basta manejar sus libros : es preciso conocer el efecto en las almas de los que han recibido el impacto de esos libros. Personalmente conozco hombres por cuyo espíritu el aliento intelectual de Ortega ha pasado como un ciclón devastador de sus creencias religiosas. Otros, sin llegar a perder la fe, se enfriaron de tal manera, que fríos siguen todavía. ¿Que también hay casos de lo contrario? No lo sé. Pero a lo más sería prueba de que en la órbita de los hechos la influencia de Ortega es tan ondulante como en la esfera de la especulación, y, por tanto, que nuestra generación no tiene nada que aprender de Ortega en punto a catolicismo. En eso no es maestro ni lo ha sido nunca.»

